

G. W. Leibniz: Carta a Remond de julio de 1714

Rogelio ROVIRA
(Universidad Complutense)

Presentación

Leibniz mantuvo relación epistolar desde 1713 hasta poco antes de su muerte, acaecida en noviembre de 1716, con Nicolas Remond, Primer Consejero del Duque de Orléans. Dada la amplitud de intereses y los conocimientos filosóficos de su destinatario, estas cartas de Leibniz proporcionan testimonios de primer orden sobre el desarrollo intelectual de su autor, informan de sus opiniones sobre diversos pensadores, así como sobre algunas cuestiones polémicas, y ofrecen, en particular, precisiones valiosísimas respecto de su posición filosófica más madura.

La carta de Leibniz a Remond fechada en Viena en julio de 1714 consta de dos fragmentos, tal como la editó C. I. Gerhardt en el tomo III de Die philosophischen Schriften von Gottfried Wilhelm Leibniz (Berlín, 1875-1890), págs. 618-624. El primero de ellos no es sino la carta efectivamente enviada por Leibniz a su corresponsal. El segundo, que se halla bajo el encabezamiento de «Anejo», lo constituyen unas pocas páginas, destinadas por Leibniz a proporcionar a Remond explicaciones más detalladas de su sistema de pensamiento, que no llegaron a serle enviadas, a pesar de haber sido repetidamente revisadas y corregidas por el filósofo.

Si se prescinde de noticias y alusiones de escasa significación, las páginas enviadas a Remond en julio de 1714 resultan sobre todo interesantes por las referencias autobiográficas que contienen: Leibniz, por ejemplo, declara en ellas paladinamente su juvenil afición al arte de Raimundo Lulio, y hasta da noticia de su temprano abandono de la Escolástica, incitado por el estudio de las doctrinas corpusculares. Y no resultan menos dignas de consideración las opiniones que en el escrito remitido se consignan, entre otras, sobre Gassendi y su teoría de los átomos, sobre la profundidad de Descartes o sobre la polémica que este sostuvo con el mencionado Gassendi.

Pero las páginas no enviadas por el filósofo a su corresponsal no tienen desperdicio alguno. Constituyen un brevísimo epitome de la concepción global que se formó Leibniz de la realidad. Contienen, como diría Ortega, toda una «metafísica de bolsillo», cosa, por lo demás, que ha de ser, según el pensador madrileño, toda buena metafísica, porque esta ciencia «debe componerse, no de tiradas verbales, más o menos incitativas, plausibles que necesitan estirarse en un amplio volumen, sino de definiciones y argumentos buidos, puro nervio dialéctico, triple extracto mental que se aloja holgado en un breve repertorio»¹.

Es cierto que en otras cartas a diversos corresponsales Leibniz ha hecho el esfuerzo de ofrecer luminosos y apretados resúmenes de su filosofía². Éste, sin embargo, posee sobre todo tres excelencias que lo hacen recomendabilísimo como introducción al estudio de la metafísica leibniziana.

*La primera es el ser expresión fidedigna del pensamiento definitivo de Leibniz, al haber sido redactado en el mismo momento en que comenzó el filósofo a pergeñar su *Monadología*, la más completa exposición del sistema leibniziano, que su autor consideró, sin duda, sólida y satisfactoria³.*

¹ José Ortega y Gasset, *La Metafísica y Leibniz*, en: J. O. y G., *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente, 1947, tomo III, pag. 432.

² Cf. las siguientes cartas de Leibniz: a Lady Masham, mayo de 1704 (en: *Die philosophischen Schriften von Gottfried Wilhelm Leibniz*. Hrsg. von C. I. Gerhardt. Berlín, 1875-1890, tomo III, págs. 338-343); a la Reina Sofía Carlota, 8 de mayo de 1704 (ed. cit., tomo III, págs. 343-348); a des Bosses, 5 de febrero de 1712, y el estudio preparatorio para ella (ed. cit., tomo II, págs. 433-439).

³ «It is clear that Leibniz considered the *Monadology* a sound and satisfactory overview of his philosophical position, for he took the trouble to work through it himself to provide cross-references to the relevant passages of the *Theodicy*, his only philosophical book available to contemporary readers». Nicholas Rescher, *G. W. Leibniz's "Monadology". An Edition for Students*. London, Routledge, 1991, pag. 9.

Precisamente en esta carta —o sea, a mediados de 1714— confiesa Leibniz a Remond no poderle enviar el «Éclaircissement sur les Monades» que le solicita, porque le «ha crecido bajo la mano» y no le ha dado tiempo a terminarlo. Lo acabó, según parece, a finales de ese año, y, como es notorio, lo publicó Heinrich Köhler en 1720, traducido al alemán, bajo el título de Monadología con el que hoy lo conocemos.

La segunda calidad de este compendio es que, aunque en fórmulas muy condensadas, Leibniz alude incluso a temas que ni siquiera aparecen mencionados en la Monadología: entre ellos nada menos que su concepción del espacio y del tiempo o el fundamento de su solución del problema del continuo.

La tercera, en fin, de sus virtudes radica en el hecho de proporcionar una respuesta clarísima al problema ontológico capital que, en expresión clásica, cabría enunciar así: ¿Cuál es el ser propiamente real (τὸ ὄντως ὄν)? De modo ejemplar se echa de ver, en efecto, en esta exposición que la atribución a las mónadas, o sustancias simples, del carácter de seres propiamente reales y, por consiguiente, de elementos últimos de las cosas, conduce a Leibniz tanto a admitir la condición fenoménica de los cuerpos —que no son sino reuniones de mónadas— y de todo lo que se les atribuye (el espacio, el tiempo, la continuidad, el movimiento), como también a sostener que dicha índole aparente se halla «bien fundada» en las propiedades de las mónadas en razón de la armonía preestablecida que hay entre ellas.

La presente traducción —primera, según parece, a la lengua española— se basa en la ya citada edición de Gerhardt y se publica —dato absolutamente inesencial, pero acaso reseñable— el año en que se conmemora el 350º aniversario del nacimiento del filósofo de Leipzig.

* * *

Traducción

«Viena, julio de 1714.

»Esperaba adjuntar a esta carta alguna aclaración sobre las mónadas, que parecís solicitar, pero me ha crecido bajo la mano, y muchas distracciones me han impedido terminarla tan pronto. Y vos sabéis bien, señor, que esta clase de reflexiones exige recogimiento. Así que no he querido tardar más tiempo en responder al honor de vuestra carta, en la que encuentro la conti-

nuación de la opinión extraordinariamente buena que tenéis de mis meditaciones, la cual desearía poder merecer haciendo desaparecer las dificultades que todavía pudieran deteneros.

»Es cierto que mi *Teodicea* no basta para proporcionar el cuerpo entero de mi sistema, pero añadiéndole lo que he publicado en diversas revistas, esto es, de Leipzig, de París, del señor Bayle y del señor Basnage, no faltará mucho para ello, al menos en cuanto a los principios. Hay en Venecia un erudito francés, llamado señor Bourguet, que me ha hecho unas objeciones; creo que es conocido del señor abate Conti. Pero estas objeciones le han sido enviadas al señor Hermann, y las encontraré a mi regreso a Hannover; pues no he querido que se enviaran aquí, donde estoy demasiado ocupado. Los señores Hermann y Wolff han recibido las observaciones del señor abate Conti sobre mi sistema; espero que me las den a conocer y trataré de sacar provecho de ellas. No sois, señor, el primero que me ha hablado de este ilustre abate como de un espíritu excelente, y estoy impaciente por ver sus producciones para hacer uso de ellas; pues no dudo que servirán para clarificarme.

»El señor Wolff se ha mostrado de acuerdo con algunas de mis opiniones; pero como está muy ocupado en enseñar, sobre todo las matemáticas, y como no hemos tenido, en suma, mucha comunicación sobre la filosofía, apenas podría conocer de mis opiniones más que lo que de ellas he publicado. He visto algo escrito por unos jóvenes bajo su dirección; encontré en ello mucho bueno, a pesar de que había pasajes con los que no estaba conforme. Así que si ha escrito algo sobre el alma, en alemán o de otro modo, trataré de verlo para hablar sobre ello.

»Puesto que mis versos no han desagradado ni a vos, señor, ni al señor abate Fraguier, me asombro menos de que el señor cardenal de Polignac no haya estado insatisfecho de ellos. Os ruego, señor, que presentéis mis respetuosos saludos a Su Eminencia, y le agradezcáis de antemano el precioso presente que me destine. Deseo que aparezca desde el principio, a fin de que todavía pueda sacar provecho de él para perfeccionar mis propios pensamientos. Os ruego también que saludéis al señor abate Conti, del que honro mucho la persona y el mérito.

»Está aquí el señor conde Jörger, de una de las mejores familias de Austria, que piensa hacer un viaje a Francia, donde ha estado otras veces. Ha sido ya primer chambelán del Emperador José, y ha estado empleado en Embajadas como Enviado extraordinario en Inglaterra y en Turín; y además de que hace todo lo que puede ornar a un cortesano, tiene un conocimiento

extraordinario, sobre todo de esa parte de la física que proporciona la resolución del cuerpo por el fuego. Pero todavía tiene esto de singular: que, siendo un gran estimador del Arte General del célebre Raimundo Lulio, sabe servirse de él no como el vulgo para hacer discursos en el aire, sino para meditar y para hacer de él aplicaciones a las realidades. Prefiere a Lulio a todos los modernos, incluso al señor Descartes. Como quizá tome la resolución de ir a Francia cuando yo no esté aquí, me ha pedido, señor, que os escribiese sobre ello de antemano, a fin de que tenga un día el honor de conoceros, ya que está encantado de vuestras cartas. Sus bucnas cualidades lo introducen fácilmente por todas partes, pero sabe estimar a las personas que se parecen a vos, y cuyo número sería de desear que fuera mayor.

»Cuando era joven gustaba del arte de Lulio; pero creí entrever en él muchos defectos, de los cuales he dicho algo en un pequeño ensayo de escolar titulado *De Arte Combinatoria*, publicado el año 1666, y que ha sido reimpresso más tarde a pesar mío. Pero como yo no menosprecio nada fácilmente (excepto las artes adivinatorias, que no son más que engaños), he encontrado todavía algo estimable en el arte de Lulio, y el *Digestum Sapientiae* del Padre Ives, capuchino, me ha gustado mucho, porque ha encontrado también el medio de aplicar las generalidades de Lulio a particularidades útiles. Pero me parece que el señor Descartes es de una profundidad totalmente distinta. Sin embargo, la filosofía, por más que haya hecho avanzar mucho nuestros conocimientos, tiene también sus defectos, que no podrían seros ahora desconocidos.

»Respecto del señor Gassendi, del que deseáis saber mi opinión, encuentro que posee un saber grande y extenso, que es muy versado en la lectura de los antiguos, en la historia tanto profana como eclesiástica, y en todo género de erudición; pero sus meditaciones me contentan menos ahora que lo hacían cuando comencé a abandonar las opiniones de la Escuela, siendo yo mismo todavía escolar. Como la doctrina de los átomos satisface la imaginación, la consideré mucho por dentro, y el vacío de Demócrito o de Epicuro, junto con los corpúsculos irreductibles de estos dos autores, me parecía que hacían desaparecer todas las dificultades. Es cierto que esta hipótesis puede contentar a los meros físicos, y suponiendo que hay tales átomos y dándoles movimientos y figuras convenientes, no hay apenas cualidades materiales a las que no sea posible satisfacer, si conocemos bastante el detalle de las cosas. Así, cabría servirse de la filosofía del señor Gassendi para introducir a los jóvenes en los conocimientos de la naturaleza, diciéndoles, sin embargo, que el vacío y los átomos sólo se emplean como una hipótesis, y que un día

estará permitido rellenar este vacío con un fluido tan sutil que apenas pueda interesar a nuestros fenómenos, y no interpretar rigurosamente la irreducibilidad de los átomos.

»Pero habiendo avanzado en las meditaciones, he encontrado que el vacío y los átomos no pueden subsistir. Se han publicado en las Memorias de Trevoux algunas cartas que había intercambiado con el señor Hartsoecker, en las que he alegado algunas razones generales, sacadas de los principios más elevados, que refutan a los átomos, pero puedo alegar muchas otras, pues todo mi sistema se opone a ellos.

»En lo que concierne a las disputas que ha habido entre el señor Gassendi y el señor Descartes, he encontrado que el señor Gassendi tiene razón al rechazar algunas pretendidas demostraciones del señor Descartes referidas a Dios y el alma; sin embargo, en el fondo creo que las opiniones del señor Descartes han sido mejores, aunque no hayan sido suficientemente bien demostradas. Mientras que el señor Gassendi me ha paracido demasiado vacilante sobre la naturaleza del alma y, en una palabra, sobre la Teología natural.

»Parece, por una carta del señor Locke al señor Molineux, inserta en las cartas póstumas del señor Locke, que este sagaz inglés no toleraba de buen grado las objeciones. Como no se me hubo comunicado lo que había respondido a las mías, no se me ha permitido responderle. No sé si se encuentran completas en esa colección.

»He dicho en la *Teodicea* mi opinión sobre la cuestión de la acción de Dios y las criaturas, tan debatida ahora; y me parece que, si profundizo en el asunto, estoy obligado a atenerme a ella. No obstante, no me desagradaría ver un día lo que se le ha objetado al R. P. Malebranche y lo que él habrá respondido. Estas materias carecen de claridad por falta de buenas definiciones. ---»He visto la primera edición de la obra profunda del señor de Montmaur en casa de un amigo; pero estaré encantado de recibir su segunda edición, que estará sin duda enriquecida con investigaciones nuevas e importantes. Quisiera que un hombre sagaz trate como matemático y como físico de toda suerte de juegos. El espíritu humano brilla en los juegos casi más que en ninguna otra cosa.

»Si monseñor el abate Fraguier dota de relieve, mediante unos versos de eminente belleza, a pensamientos tan mediocres como los míos, ¿qué no haría si tratara un gran tema y unas materias elevadas? Si pudiera contribuir, mediante algunas aclaraciones, a alentarle a la ejecución del noble propósito que parece tener de dotar de cuerpo y de color a los pensamientos de la más

sublime filosofía, habría rendido un gran servicio a los hombres. Mientras tanto, os suplico, señor, que le transmitáis mi agradecimiento más humilde, etc.

Anejo

»El señor Hugony me ha hecho saber que encontráis alguna dificultad respecto de mis unidades o mónadas. Quisiera saber en qué estriba. No obstante, trataré de explicarme. Creo que todo el universo de las criaturas no consiste sino en sustancias simples o mónadas, y en reuniones de ellas. Estas sustancias simples son lo que se llama espíritu en nosotros y en los genios, y alma en los animales. Todas ellas están dotadas de *percepción* (que no es otra cosa que la representación de la multitud en la unidad), y de *apetición* (que no es otra cosa que la tendencia de una percepción a otra), la cual se llama *pasión* en los animales, y *voluntad* allí donde la percepción es un entendimiento. No cabría siquiera concebir que haya algo distinto de esto en las sustancias simples y, por consiguiente, en toda la naturaleza. Las reuniones son lo que llamamos cuerpos. En esta masa se llama materia, o bien fuerza pasiva, o resistencia primitiva, lo que en los cuerpos se considera como lo pasivo y como uniforme por doquier. Pero la fuerza activa primitiva es lo que se puede denominar entelequia, y en ella la masa es variada. Sin embargo, todos estos cuerpos y todo lo que se les atribuye no son sustancias, sino solamente fenómenos bien fundados, o el fundamento de las apariencias, que son diferentes en observadores diferentes, pero que guardan relación y provienen de un mismo fundamento, como los diferentes aspectos de una misma ciudad vista por muchos lados. El espacio, lejos de ser sustancia, ni siquiera es un ente. Es un orden, como el tiempo; es un orden de las coexistencias, al igual que el tiempo es un orden entre las existencias que no son a la vez. La continuidad no es más que algo ideal, pero lo que hay de real es lo que se encuentra en este orden de la continuidad. En lo ideal o continuo, el todo es anterior a las partes, al igual que la unidad aritmética es anterior a las fracciones que la dividen, y que se le pueden asignar arbitrariamente; las partes son sólo potenciales. Pero, en lo real, lo simple es anterior a las reuniones; las partes son actuales, son antes que el todo. Estas consideraciones hacen desaparecer las dificultades sobre el continuo, las cuales suponen que el continuo es algo real y tiene partes antes de toda división, y que la materia es una sustancia. No hay, pues, que concebir la extensión como un espacio real continuo, sal-

picado de puntos. Esto son ficciones apropiadas para satisfacer a la imaginación, pero en las que la razón no saca provecho. No hay que concebir tampoco las mónadas como puntos que en un espacio real se mueven, se empujan o se tocan; basta que los fenómenos lo hagan parecer así, y esta apariencia tiene verdad en la medida en que estos fenómenos están fundados, es decir, son concordantes. Los movimientos y los concursos no son sino apariencia, pero apariencia bien fundada y que no se desmiente jamás, y como sueños exactos y perseverantes. El movimiento es el fenómeno del cambio según el lugar y el tiempo, el cuerpo es el fenómeno que cambia. Las leyes del movimiento, que se fundan en las percepciones de las sustancias simples, provienen de las causas finales o de la conveniencia, que son inmateriales y están en cada mónada; pero si la materia fuera sustancia, provendrían de razones brutas o de una necesidad geométrica, y serían totalmente distintas de las que son. No hay más acción de las sustancias que las percepciones y las apeticiones, todas las otras acciones son fenómenos como todos los otros que obran. Platón parece haber visto algo de esto; considera las cosas materiales como poco reales, y los académicos han puesto en duda si existen fuera de nosotros, lo que se puede explicar razonablemente diciendo que no serían nada fuera de las percepciones, y que tienen su realidad por la concordancia de las percepciones de las sustancias apercipientes. Esta concordancia proviene de la armonía preestablecida en estas sustancias, porque cada sustancia simple es un espejo del mismo universo, tan duradero y tan amplio como él, por más que estas percepciones de las criaturas no puedan ser distintas sino respecto de pocas cosas a la vez y se diversifiquen por las relaciones o, por así decir, los puntos de vista de los espejos, lo que tiene como efecto que un mismo universo se multiplique de una infinidad de maneras por otros tantos espejos vivientes, representándose cada uno a su modo. Cabe, pues, decir que cada sustancia simple es una imagen del universo, pero que cada espíritu es, por encima de ello, una imagen de Dios, porque tiene conocimiento no sólo de los hechos y de sus enlaces experimentales, como las almas desprovistas de razón, que únicamente son empíricas, sino porque tiene también conocimiento de la necesidad de las verdades eternas, al entender las razones de los hechos e imitar la arquitectura de Dios, y ser también por ello capaz de entrar en sociedad con él y constituirse en miembro de la ciudad de Dios, estado ordenado del mejor modo que es posible, al igual que el mundo es también la más perfecta de todas las estructuras y el mejor compuesto físico y el mejor compuesto moral.

»Pero temo que os canse esta carta llena de pensamientos tan abstractos y alejados de nuestra imaginación. No desearía siquiera que meditáseis demasiado de una vez sobre estos asuntos: es mejor volver sobre ellos. No obstante, he querido indicaros cuánto os estimo y honro, escribiéndoos lo que no escribiría fácilmente a otros. Por ello esta carta no debe ser más que para vos. Muchos otros la encontrarían o absurda o ininteligible.»